



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



5 de octubre de 1889



Núm. 101



LA VIRGEN DE LA SILLA (cuadro de Rafael)

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

A la hora en que escribo estas líneas reina alguna agitación con motivo de las noticias del Moghreb; y como la cosa me interesa, lo mismo que á cada hijo de vecino, me será lícito echar también mi cuarto á espadas en el asunto.

Hay que partir del principio de que el Moghreb es un estado semibárbaro y de que no hay que confiar gran cosa en la obediencia que pueda imponer el sultán á gran parte de sus súbditos. No ya las indómitas tribus del Riff, sino aun otras más al alcance de S. M. Sheriffiana, guardan una sumisión voluntaria y condicional. En Fez mismo, esto es, en la capital, los europeos que allí habitan (tres oficiales y un médico militar francés, un ex coronel inglés y un oficial italiano) han de andar con las mayores precauciones para no ser objeto de un atentado. Por lo tanto, sería preciso atender siempre por nuestra cuenta, y no por cuenta del sultán, á la seguridad de los españoles avecindados en el Moghreb, y á este objeto sería bueno tener siempre algún barquito en las aguas de Tánger, de Tetuán, de Melilla, de Alhucemas y de las Djefarinas. Sucedería que los moros se desmandarían alguna vez, y entonces, acto seguido, se les disparaban unas cuantas granadas y se seguía después el procedimiento diplomático que es de rúbrica.

No estoy por enviar ningún ejército á batirse con los moghrebinos: el país es inhospitalario como pocos, y no habría que pensar en que los soldados pudiesen racionarse de otra manera que con lo que se les mandase desde España; sistema peligroso, como pudo verse en la última guerra de África, en que una vez estuvo el ejército á punto de perecer de hambre, teniendo ya orden el general Prim de retroceder á Ceuta con la mitad de las tropas en busca de víveres. Esta resolución desesperadísima no se llevó á cabo, felizmente, gracias á haberse decidido á atravesar el Estrecho una cáscara de nuez nombrada el *Tarraconense*, vaporcillo

mandado por un valerosísimo capitán llamado Domingo Cid. Gracias á la llegada del tal barquichuelo, cargado de galletas, pudo salvarse el conflicto, motivado por cierto temporal que reinaba en el susodicho Estrecho. ¡Quién puede calcular lo que hubiera sucedido á tener que dividirse en dos el ejército!

Una campaña en el Moghreb es, por lo tanto, peligrosa: el país está despoblado de una manera terrible, no puede fiarse en encontrar provi-



El ciervo domesticado

siones, y no deja de ser difícil transitar por aquellas llanuras, anegadas en invierno, sin un mal camino en ninguna parte, ni un solo puente para pasar los ríos, algunos de corriente muy rápida y profunda.

Por supuesto que lo mejor sería no andar á malas y sí favorecer en lo posible nuestras relaciones comerciales con aquellos bárbaros. El país, feracísimo, está apenas cultivado; y aun, ese poco, cultivado muy malamente. Si supiéramos entenderlo, el Moghreb podría surtirnos de trigo más barato que el que viene de Rusia y de los Estados Unidos.

Hay que tener entendido, por otra parte, que España tiene que luchar con Francia, Inglaterra, Alemania é Italia, todas ellas codiciosas de explotar el misterioso imperio del Sheriff. Pensar en que ninguna de estas potencias ha de ayudarnos es simpleza insigne.

Los ingleses son, hasta ahora, los que hacen más comercio con los moghrebinos: les llenan de te, de géneros y de quincallería, y se han hecho allí una clientela difícil de desarraigar. Además tienen un coronel que es el que ha organizado la infantería, á la cual ha vestido de encarnado, á guisa de sus cipayos de la India. La Italia les provee de armas, y les ha enviado un oficial, que es el que dirige la fábrica de Fez. En cuanto á Francia, puso por de pronto tres oficiales á su disposición como instructores de las tropas, mientras que M. Jaluzot, el de *Le Printemps*, se prepara á tener por parroquianos á todos los vasallos del Sheriff, habiendo establecido ya en Tánger una inmensa factoría de sus productos.

En España tenemos constantemente descuidados los asuntos con el Moghreb, y ningún ministerio ha hecho nada para favorecer nuestras comunicaciones con aquel imperio. Síguese en esto la política de rueda la bola, que suele ser característica de nuestros ministerios, hasta que llega un día en que todo quiere llevarse á sangre y fuego, sólo que los barcos sólo están armados de luz eléctrica y no tienen cañones ni pólvora.

No pensemos, pues, en conquistas imposibles, y sí en explotar cuanto sea posible las riquezas de aquel país por medio de factorías, colonias, etc., y sobre todo teniendo cuidado en atraernos las simpatías y el respeto de aquella gente.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



EL MUNDO ALADO

NUMEROSAS especies de aves deben considerarse como favoritas de la Naturaleza, tanto por la gracia de sus formas como por la riqueza y brillantez de su plumaje: díganlo, si no, las diferentes especies de la familia de los papagayos y las aves del paraíso. Pero esos delicados seres interesan especialmente al hombre por la melodía de sus trinos, vagos y melancólicos unas veces, alegres y ruidosos otras, como si quisieran de esta suerte interesar todas las sensaciones á que está sujeto nuestro corazón. La Naturaleza, por otra parte, ha obrado con estricta equidad al repartir sus dones entre la gran familia alada, pues mientras las aves de la zona templada son inferiores á las de los climas tropicales en cuanto á belleza, poseen, en cambio, una garganta más dúctil que les hace superiores por la fuerza y robustez de sus cantos.

De los medios de locomoción poseídos por gran número de tribus aladas, y de su ligereza específica, pues el aire penetra por su organismo como el agua por los poros de una esponja, debería inferirse que tienen por reino toda la atmósfera y que ninguna especie se limita á ninguna región particular.

El cuervo común atraviesa un espacio de 20 millas por hora; el *eider-duch*, ave que produce el edredón, vuela con una velocidad de 90 millas por hora; mientras que el vencejo y el halcón viajan con la asombrosa rapidez de 50 millas por hora.

Es verdad que algunas especies tienen que recorrer una distancia muy extensa, como los ruiseñores, el pato común, y algunas especies de buitres. La misma raza de águilas marinas que se ven en las playas de Escocia, se encuentran también en las del sur de Europa y en las de Nueva Holanda. Lo propio acontece con otras aves, que habitan lo mismo en los más elevados picos de los Pirineos que en la Abisinia ó en las estepas de Mongolia: el halcón penquín se ve en la Groenlandia, en Europa, en América y en Australia.

Sin embargo, por lo general, las aves, como las plantas y los cuadrúpedos,



El marlenerito

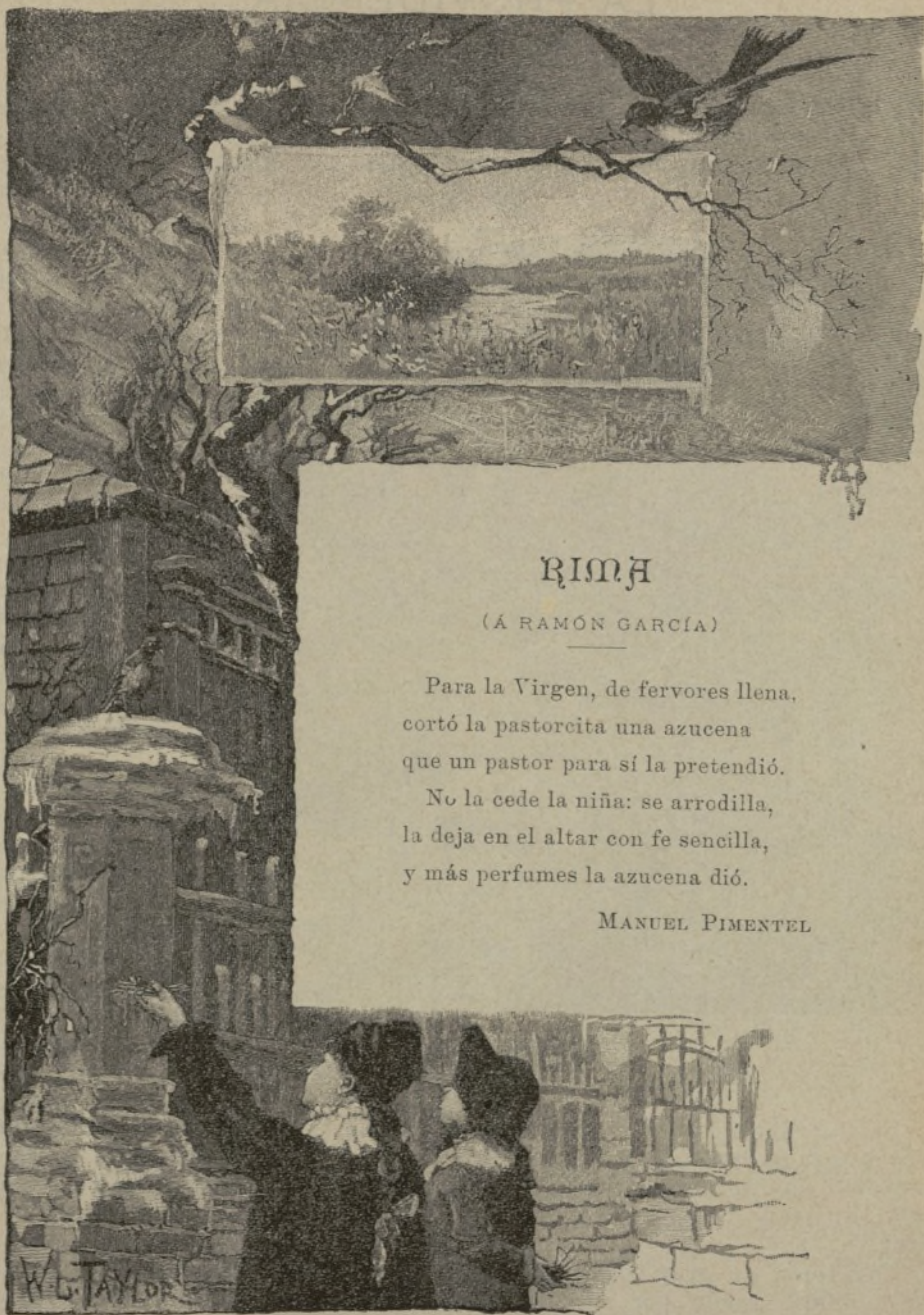
están sujetas á leyes geográficas y á límites definidos circunscritos á ciertos grupos. La célebre ave del paraíso se encuentra confinada exclusivamente á una pequeña parte de la zona tórrida que comprende la Nueva Guinea é islas adyacentes. Los papagayos viven en una zona á algunos grados más allá de cada trópico, pero la especie americana difiere de la de Africa, y ninguna de las dos se asemeja á la de las Indias. El águila real no se aparta de las soledades de los Alpes, y el condor, de los elevados picos de los Andes. El guainambi se encuentra limitado al hemisferio occidental y á veces á una sola isla, según la especie á que pertenece.

Entre las aves que no pueden volar, y que rivalizan con los cuadrúpedos en el tamaño, las comarcas intertropicales del globo presentan sus diferentes especies, ofreciendo caracteres generales respecto á su organización, como el avestruz de Africa y de Arabia, el carvar de Java y de Australia, y el tuyú del Brasil. En las regiones árticas encontramos especies que les son peculiares, como el *Strix laeponicus* ó lechuza de Lapland, y el *eider-duch*, habitante de las playas y de cuyo nido se extrae el finísimo y comfortable edredón. Muchas familias de aves marítimas se encuentran asimismo circunscritas á ciertas localidades particulares del océano. Resulta, por lo que dejamos demostrado, que, á pesar de la gran fuerza de locomoción de las aves, existen algunos grupos que tienen destinadas ciertas regiones para vivir, y de las cuales no se apartan sino por causas extraordinarias.

Otro de los caracteres más notables de la naturaleza de las aves, son esas emigraciones periódicas tan sistemáticamente conducidas y á las cuales están sujetas las cinco sextas partes de la gran familia alada. En el norte de América las palomas emigrantes se reúnen en bandadas tan inmensas que el doctor Richardson, por un cálculo aproximado, cuenta unos 2.230.000,000 de individuos. Nosotros estamos acostumbrados á ver el cuculillo en la primavera y á tener por huésped veraniego á la poética golondrina. Esta legendaria avecilla nos deja usualmente en octubre, dirigiéndose hacia el sur en busca de un clima más templado. Las aves polares se acercan también más al sur cuando se hielan los lagos y los ríos, y cuando el mar presenta allí una vasta llanura de hielo. De ahí que, en cuanto desaparecen las golondrinas, veamos llegar los patos, becacines, becadas y muchas otras aves de invierno, para pasar la estación invernal allí donde la tierra les ofrece más seguro sustento. La zona equinoccial, donde no ocurre otro cambio que el de la humedad á la sequedad y viceversa, presenta ejemplos del mismo género. Apenas las lluvias hinchán el Orinoco hasta hacerle salir de madre para inundar sus orillas á una distancia considerable, gran número de aves acuáticas abandonan su corriente para refugiarse en las islas de la América occidental. En cuanto las aguas se encauzan de nuevo, las aladas emigrantes regresan á sus sitios predilectos.

BENJAMÍN





RIMA

(A RAMÓN GARCÍA)

Para la Virgen, de fervores llena,
cortó la pastorcita una azucena
que un pastor para sí la pretendió.

No la cede la niña: se arrodilla,
la deja en el altar con fe sencilla,
y más perfumes la azucena dió.

MANUEL PIMENTEL

Hacia la primavera

LA PROVIDENCIA

TAL vez os parecerá inventado por mí lo que voy á referiros, queridos niños; y, sin embargo, yo os aseguro que es rigurosamente exacto.

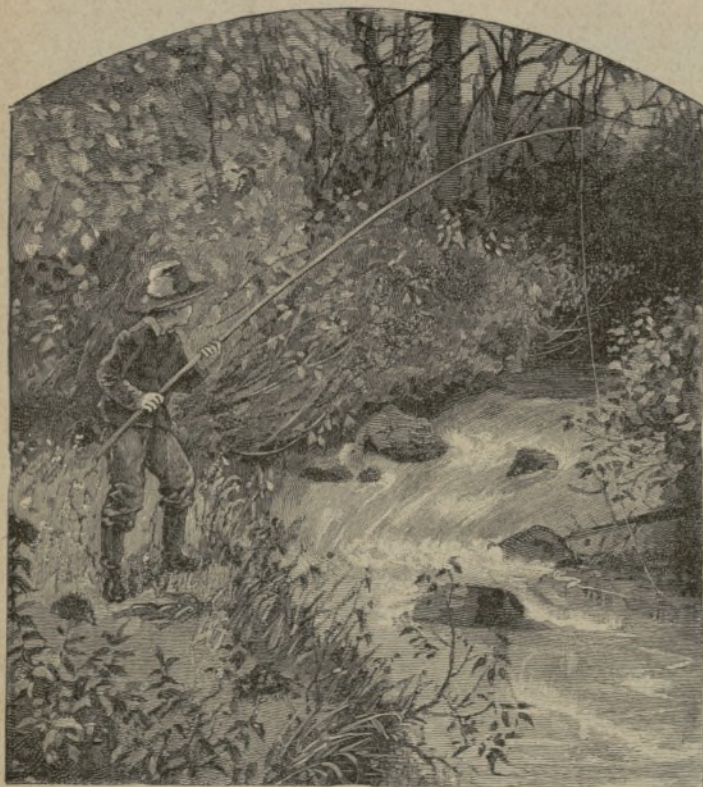
Cuando seáis hombres, cuando toméis parte activa en el rudo com-

bate de la existencia, podréis convenceros de que lo más inverosímil, lo que más novelesco parece, es lo que diariamente ocurre; y de que el escritor no necesita esforzar su imaginación combinando lances, alegres á las veces, tristes las más, terriblemente dramáticos muchos: bástale con observar, retener y referir luego después lo que vió, para que la novela esté hecha.

Luis Mendoza era hijo único de un riquísimo comerciante catalán. Sus padres, que se miraban en él, le dieron una educación esmeradísima en Barcelona primeramente, en París, Londres, Berlín y Viena después.

Luis aprovechó la educación que de sus padres y de sus profesores recibía; pero desgraciadamente, y cuando ya iba á terminar la carrera de ingeniero mecánico, sus padres murieron en el intervalo de dos meses, dejándole millonario, huérfano y con veinte años, es decir, menor de edad y en poder de un tutor.

Luis tenía un gran corrazón, despejado talento, pero desconocía el mundo por completo; razón por la cual, cuando trascurrieron algunos meses y el tiempo hubo calmado algún tanto su dolor, sólo vió la parte bella de la existencia, y, hallándose dueño de una pingüe fortuna, creyó fuese inútil dedicarse al trabajo, puesto que medios le sobraban para gozar de la vida, y, deshaciéndose de la casa de comercio que sus padres le dejaran, decidió



El joven pescador

divertirse, gastar, viajar por donde más le agradara, sin pensar en mañana y creyendo inagotable su fortuna.

El tutor, lejos de disuadirle, alentó sus locas ideas, pues como dice el refrán, «á río revuelto ganancia de pescadores;» y cuanto mayores fueron el desorden y desenfreno de Luis, más facilidad tendría el honrado tutor de presentar á Luis las cuentas del *Gran Capitán* el día que hubiera de rendirlas, quedándose con no pequeña parte de la herencia de Mendoza cuando hubiera de entregársele, si es que algo se había salvado de los despilfarros de Luis y de la honrada administración tutorial.

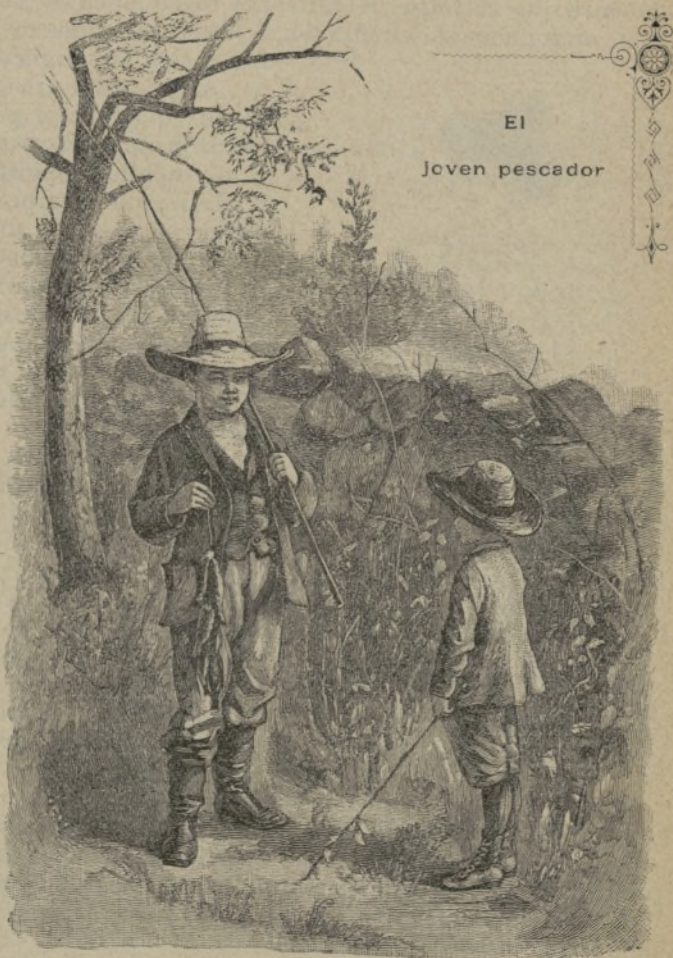
No entra en mis propósitos referiros la vida de Luis durante algunos años: solo, sin un amigo verdadero, sin un padre que guiara sus pasos aconsejándole cuerdamente, su vida era un derroche continuo, una constante locura.

Pero por más que la existencia de Mendoza se deslizaba entre orgías y diversiones de todo género, ya os he dicho antes que tenía un gran corazón, y, aunque pudiera muy bien calificársele de loco, nadie pudo nunca suponer malo á Luis.

Hé aquí ahora un episodio de su vida que os probará la bondad de su corazón, á la vez que os enseñará á tener fe en la Providencia.

Una noche se retiraba Luis á su casa bastante tarde y algo alegre como de costumbre, y, ya cerca del Barrio de Salamanca (á la sazón se encontraba en Madrid y residía en el barrio mencionado), observó un bulto negro sobre los rails del tranvía, á tiempo que éste se echaba casi encima del objeto en cuestión.

Instintivamente, sin darse cuenta de sus actos, arrojóse sobre él, y, á riesgo de ser arrollado, pudo sacar de entre las patas de las mulas un niño como de doce años, astroso, flaco, macilento, extenuado. Al pronto le creyó



El
Joven pescador

muerto: puso la mano en su corazón, y observando que éste latía, aunque débilmente, mandó detener una berlina que á la sazón pasaba y llevóse el niño á su casa.

Llegado á ésta, hízose abrir la puerta, y, ayudado por el sereno, condujo al desmayado niño á su habitación.

El pobre muchacho fué puesto en un sofá, y, suponiendo Mendoza fundamentalmente que la falta de alimento fuese la causa de su desmayo, abrióle la boca, introduciendo en ella dos ó tres cucharadas de legítimo Jerez. El efecto

fué inmediato: ligero carmín coloreó las lividas mejillas del niño, y débil suspiro se escapó de su pecho; á poco abriéronse sus ojos, miraron con estupor y asombro alrededor, y brotó de ellos copiosísimo llanto.

Luis, que siempre tenía algunos fiambres en su casa, cogió un trozo de ternera y otro de jamón, acompañados de una barra de pan de Viena, y con cariñosas palabras consiguió enjugar las lágrimas de la criaturita, á la vez que ésta calmaba su hambre.

Tranquilo ya y repuesto el niño, contó á Mendoza su historia, breve y sencilla, pero tristísima.

Su padre había sido un hábil oficial de albañil, una honrada menestrala su madre. Como el jornal del padre de Antonio (que así se llamaba el niño) era bastante regular, vivían en su casa con relativa holgura; y su madre, que adoraba en él, pues era hijo único, decidió que siguiese una carrera.

El niño correspondió al cariño y desvelos de sus padres, y á los once años había ya aprobado el primero de latín y la geografía; pero su padre cayó de un andamio por entonces, quedando muerto en el acto. Faltó el jornal: hubo que dejar los estudios. Al principio los cortos ahorros, las casas de préstamos después, últimamente la miseria, el

hambre, la desesperación, la enfermedad, el hospital para su madre, el más completo aislamiento para él. Hé aquí el resumen, la historia de Antonio González.

Rechazado de todas partes como un perro, sin casa donde guarecerse, sin pan que llevarse á la boca y sin saber ganarlo, había vivido sin explicarse cómo, dormido no sabía dónde, desde que su madre entró en el hospital dos meses atrás; y aquel día (llevaba ya tres sin probar bocado) cayó desvanecido de inanición donde Luis le había recogido.

—¡Pobre niño! No tengas cuidado, que de hoy en adelante nada te faltará,—dijo éste, conmovido,—Duerme ahora: mañana hablaremos.

Al siguiente día Luis y Antonio tuvieron una larga conversación, manifestando el último al primero su deseo de aprender un oficio.

—Elige el que tú quieras,—díjole Mendoza.

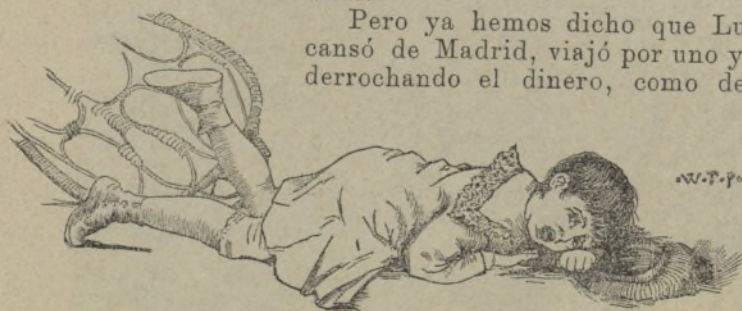
—Platero,—exclamó Antonio;—es un oficio muy decente y no es peligroso como el de mi padre.



Alto y bajo

Aquel mismo día Luis llevó á Antonio á casa de un diamantista, hábil artífice. Contó Mendoza la historia de Antonio, y el diamantista se comprometió á tener á éste en su casa y á enseñarle el oficio mediante mil pesetas, que Luis le entregó en el momento. Acto seguido fueron al hospital á ver á la madre de Antonio; pero ya era tarde: dos horas antes había expirado. Ya podéis figuraros, niños queridos, cuánto lloraría el pobre huérfano. Su protector le consoló lo mejor que pudo, y, no queriendo que el cadáver fuese conducido en las angarillas y enterrado en la fosa común, costeóle un entierro modesto, pero decente, procurando poner una lápida en su sepultura.

Durante algunos meses continuó Mendoza en Madrid, no dejando de ver de vez en cuando á su protegido, que, dotado de clara inteligencia y amor al trabajo, adelantaba rápidamente, habiéndose captado las simpatías del patrón, que le quería como á un hijo y le trataba como á tal.



Alto y bajo

Pero ya hemos dicho que Luis era un loco: se cansó de Madrid, viajó por uno y otro país, siempre derrochando el dinero, como de costumbre, y, al llegar á su mayor edad, sólo le restaba, de la inmensa fortuna de sus padres, según las cuentas del tutor, la cantidad de diez mil duros.

Corta era esta suma para un joven acostumbrado á la holganza y al derroche; mas, con su inteligencia y sujetándose al trabajo, á su edad era posible reponer todavía su fortuna.

Así lo pensó Luis y así se propuso ejecutarlo; pero trascurrieron días y más días sin decidirse á comenzar una nueva existencia, y al fin llegó uno en que se encontró con treinta años y sin una peseta del caudal heredado de sus padres.

Al verse en tal estado, la idea del suicidio cruzó por su mente; pero era buen cristiano y rechazóla con horror.

—Soy joven, soy fuerte: trabajaré. Pero no en Europa, donde soy de muchos conocido,—se dijo,—marcharé á América, y ¡quién sabe! tal vez allí labraré una nueva fortuna.

Con arreglo á este plan, vendió sus muebles, sus cuadros, sus alhajas, todos los restos de su buena época; reunió cuatro ó cinco mil pesetas y partió á América.

No le seguiremos paso á paso. En América, como en todas partes, sin protección, sin apoyo, raras veces la suerte sonríe á quien la busca; y después de cuatro años de miserias, privaciones y desengaños, solo y en extranjero suelo, llegó un día en que Luis decidió terminar su miserable existencia, y, saliendo á las afueras de Méjico, donde se hallaba á la sazón, buscó un sitio aislado donde consumir su horrible determinación. Preocupado como estaba, no observó que un elegante joven le seguía hacía rato; hasta que, al aproximar á su frente el cañón de un revólver, sintióse fuertemente asido por la muñeca.

—¿Qué iba V. á hacer?—le dijo el joven, pues éste era quien había impedido la consumación de tan espantoso crimen.

—Y ¿con qué derecho,—preguntó Luis, desesperado,—se mezcla V. en mis operaciones?

—¿Con qué derecho?—replicó lleno de emoción el desconocido.—¿Acaso no tiene un hijo el derecho y el deber de defender la existencia de su padre?

—¡Un hijo!—exclamó admirado Luis Mendoza.



Fido

—Un hijo, sí, D. Luis: lo repito. Mis padres me dieron el ser, es cierto; mas ¿qué hubiera sido de mí si no me hubiese V. conservado la existencia aquella triste noche en que me salvó de una muerte cierta?

—De modo que tú... usted...

—Sí, yo: yo soy Antonio González, el pobre huérfano que V. recogió exánime en la calle; que, gracias á V., aprendió el oficio, mejor diré, el arte de la orfebrería, y en la actualidad, casado con la hija única de uno de los primeros capitalistas mejicanos, casi no sabe qué hacer de sus millones. ¿Cree V., ahora, que, cuando ya desesperaba de encontrarle (puesto que V., por lo visto, no se acordaba de mí), no tengo el derecho de decirle, como lo hice un momento hace, qué iba V. á hacer?...

¿A qué cansaros, niños amados, con la escena que se siguió?

Luis y Antonio confundieron sus almas y sus lágrimas en un abrazo prolongado, ambos regresaron á casa del último, y en la actualidad el antes

arruinado Luis Mendoza está en camino de labrarse una cuantiosa fortuna, pues los negocios de la casa González, Mendoza y Compañía, de Méjico, marchan viento en popa, gracias á los millones del hijo del albañil y á la actividad, honradez é inteligencia del hijo del millonario.

¿Qué os ha parecido mi cuento? ¿Tal vez una invención? No tal. Os repito lo que dije al principio: acordaos de que nada hay en este mundo más inverosímil que lo verdadero, y no olvidéis jamás que de premiar ó castigar nuestras acciones se ocupa solamente *la Providencia*.

VENTURA MAYORGA



—+ NUESTROS GRABADOS +—

LA VIRGEN DE LA SILLA

(cuadro de Rafael)

Figura esta *Madona*, estimada como la mejor de Rafael, en el Museo Petti de Florencia. Es uno de esos cuadros inmortales que jamás se olvidan, que jamás dejan de producir la misma admiración hondísima y cuya inspiración es tan sublime que parecen pintados por celestial manera.

EL CIERVO DOMESTICADO

Un cazador americano tuvo la suerte de apoderarse de un cervatillo, después de matar á la madre, durante una batida en el bosque.

Condujo á su casa al pobre animal, y al poco tiempo habíale domesticado completamente, tanto que le compró unos arneses y acostumbró á tirar de un cochecito. No solamente llamaba esto la atención de la gente, sino que los caballos que pasaban cerca del ciervo mirábanle recelosamente cual si temieran sus astas.

El pobre animal murió, un día, abrasado por haberse prendido fuego en la cuadra donde le tenían; y su amo le lloró largo tiempo, pues habíale cobrado el mayor cariño.

EL MARINERITO

Ved aquí á nuestro Arturo, que quiere ser marinero. Aun no ha estado en ningún barco ni sabe lo que es el aparejo, mas parece decidido á seguir esta carrera; y como los padres no le contrarían en su elección, será marino, y tal vez llegue á ser hombre de provecho y adquiera nombradía y gloria.

HACIA LA PRIMAVERA

—Ya voy á dejaros libres,—dice la nieve á las plantas;—pronto podréis recobrar de nuevo vuestro verdor y lozanía; pero no tardaré en reaparecer bajo la forma de rocío y de pasajera lluvia.

—Vamos á fabricar nuestros nidos,—dicen las avecillas;—pronto quedaremos libres de esas nieves que á veces matan á tantas de nosotras. Busquemos materiales para construir nuestras viviendas y pasar cómodamente el verano.

—No tardaremos en ostentar nuestras galas,—dicen las flores,—y dentro de poco impregnaremos el aire, con nuestro perfume, en el bosque, en el prado y los jardines, hasta que de nuevo los fríos y las heladas del aterido invierno nos hagan inclinar de nuevo la cabeza, marchitando nuestra belleza y lozanía.

EL JOVEN PESCADOR

El joven Tomás ha ido á pescar en un remanso que hay cerca del torrente, donde suelen abundar las truchas; y si otros días ha perdido el tiempo y la paciencia sin coger nada, esta vez, más afortunado, los peces pican con frecuencia el cebo, y Tomás, rebosando de alegría, consigue pescar ocho ó diez truchas, con las cuales corre á su casa henchido de orgullo y satisfacción. Su hermanito le envidia, y se promete ser también pescador apenas pueda manejar la caña.

ALTO Y BAJO

Alfredo se sube en una silla y exclama:

—¡Miradme todos! ¡Ved qué buen mozo soy!

Pero de pronto pierde el equilibrio y cae al suelo.

—¡Y mira ahora qué bajito eres!—le grita su hermano.

FIDO

Tengo un perro muy inteligente, llamado *Fido*, que se ha encariñado mucho con todos los de la casa, y al que no sólo apreciamos por sus gracias y habilidades, sino también porque es un buen guardián. Un día se acercó á mí cojeando, y púsome una pata sobre la rodilla, como para que se la examinase. En ella tenía el pobre animal una gruesa espina de arbusto que se le había clavado entre los dedos, y no me costó poco trabajo extraérsela á mi nuevo paciente. El pobre *Fido* aullaba como un condenado; pero al fin terminé la operación, y el perro pareció darme las gracias con sus caricias cuando se sintió aliviado.

MEZQUINDAD

Joaquín era un hermoso niño de cabello rubio y ojos azules; pero tenía un defecto que sus padres habían criticado varias veces: pecaba de egoísta y mezquino.

Un día se le antojó una gelatina que estaba en la mesa, pidiósele á su mamá, y ésta se la dió. Cuando la tuvo, lejos de ofrecer á sus hermanos, fué á esconderse para comérsela él solo, pensando que así quedaría satisfecho, mientras que compartiéndola le correspondería muy poco.

Pero mientras él permanecía escondido, sus hermanos merendaban opíparamente, habiéndoles obsequiado su mamá con un plato de crema, varias frutas y pastelillos. Habíase llamado varias veces á Joaquín; pero, como no contestó, no pudo probar aquellas buenas cosas.

Cuando Joaquín lo supo se avergonzó de sí mismo, reconociendo su mal proceder.



MUFLÚ

(Continuación)

Tasso suspiró.

—Nada, querido mío, á menos de que Dios no me envíe mil francos para pagar un sustituto.

Lolo tenía un gran pesar mientras estaba tendido en la pradera de que cuidaba su hermano. *Muflú* estaba echado á su lado.

Cuando Lolo volvió á casa para comer (Tasso se llevaba la comida en un pañuelo), encontró á su madre en una grande agitación. Reía, y al cabo de un instante se echaba á llorar. Mostrábase alternativamente irascible y mustia, tierna y retozona: había en toda su conducta algo de febril y de violento que los niños notaban sin poder comprender á qué venía aquello. Era una mujer poco inteligente, y por de contado tenía un secreto; pero ese secreto no podía ella soportarlo y no sabía qué hacerse de él; solamente que los niños no podían adivinar eso. Su conducta inexplicable hacía nacer en ellos un vago sentimiento de mal-estar y timidez.



Mezquindad

Terminada la comida (componíase, en sustancia, de una sopa de judías, que quedó despachada en un periquete), la madre dijo bruscamente á Lolo:

—La tía Anita te necesita esta tarde. Tiene que salir y habrás de guardarle los niños. Anda.

Lolo era un chico obediente: cogió el sombrero y llamó á *Muflú*, que estaba haciendo la siesta.

—Deja el perro,—le dijo secamente su madre.—La tía Anita no gusta de que vaya á hacer travesuras en su casa y le llene de barro todo el piso, tan limpio siempre. Me lo ha dicho expresamente. Déjalo: ¿entiendes?

—¡Dejar á *Muflú*!—exclamó Lolo.

Nunca, desde que tenía á *Muflú*, se había separado de él ni por una hora. ¡Dejar á *Muflú*! Y miraba á su madre con la boca abierta y un palmo de ojos. ¿Qué le daba ahora?

—Déjale, te digo,—repitió ella todavía más secamente que la primera vez.—¿Será menester que les repita dos veces la misma orden á mis hijos? Andando, y deja el perro: ¿me entiendes?

Cogiendo á *Muflú* por su larga crin sedosa, lo atrajo á sí y puso al mismo tiempo de patitas á la puerta á Bice y á Lolo.

Lolo empezó por dar grandes golpes de muleta contra la puerta que acababa de cerrarse bruscamente detrás de él; pero Bice le calmó á fuerza de caricias.

—¡La pobre madre tiene tanto pesar á causa de Tasso!—le dijo en tono conciliador.—Y luego, ¿qué puedes temer por *Muflú*? Además de que creo que



Mezquindad

está fatigado, Lolo; hay mucho trecho de aquí á las Cascine; y la verdad es, aparte de esto, que la tía Anita no puede verle ni en pintura.

Por fin consiguió ella decidir á su hermano. Fueron casi sin dirigirse la palabra hasta casa de la tía Anita. Era á la otra parte del río, cerca de la cúpula de Santa-Spíritu, aquella cúpula que es de un rojo oscuro y tiene la forma de una campana.

Era verdad que la tía Anita tenía necesidad de ellos para guardar la casa y los niños. Tenía que llevar unos encajes á una quinta de las afueras de la Puerta Romana: su oficio era lavar encajes. Viéronse obligados á permanecer largo tiempo con los dos niños en el pequeño piso oscuro y estrecho, sin otra distracción que el sonido de las campanas de la vecina iglesia y los gritos de los vendedores de limonada que pasaban por la calle, debajo de las ventanas.

Cuando regresó la tía Anita, era ya tarde y había anochecido. Los dos niños se volvieron á casa dándose la mano. Lolo arrastraba penosamente su pobre pierna enferma.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10. 2.º. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA